

Volumen XII

Agosto 1.º de 1916

Número 117

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXVI

CONTENIDO

- Un rosarista ilustre, gran fraile y gran prócer..... P. ALFONSO ZAWADZKY, O. M.
Doctor Luis José Barros.
Discurso ante el cadáver del doctor Luis José Barros..... BENEDICTO BARRASA.
La filosofía tomística en Venezuela..... J. F. FRANCO QUIJANO
Entre el cielo y la tierra. VICTOR VAN TRICHT, S. J.
Por nuestros colegiales ilustres.
Nuevo doctor.
Nota bibliográfica.
De la extradición en Colombia..... PEDRO MARTIN QUIÑONES.
-

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, agosto 1.º de 1916

UN ROSARISTA ILUSTRE,

GRAN FRAILE Y GRAN PROCER (1)

A Monseñor Rafael María Carrasquilla

* * *

Siempre se ha dicho por los que saben, que San Francisco de Asís, así como es un vivo retrato del Crucificado, también es el abanderado de la verdadera democracia cristiana, tan grande y civilizadora, como pequeña y ruinoso lo es su contraria, aquella otra democracia, que no busca el reinado bienhechor de la caridad, sino que sólo sabe halagar las pasiones indómitas del humano corazón.

Las instituciones franciscanas son una garantía de la paz social, pues nacen y crecen en la tierra abonada y fecunda del Evangelio. La historia ha venido demostrando el benéfico influjo que ha ejercido en el organismo social el espíritu franciscano; tanto, que León XIII, el inmortal Pontífice que dio las más sabias y precisas enseñanzas sobre la libertad, acaso adulteradas más de una vez por los bastardos comprensos de su admirable programa, no vaciló en señalar a las

(1) Fragmentos de nuestra obrita *La Tercera de Bogotá*, II part. (*El Colegio de Nuestra Señora del Rosario y La Tercera*).



sociedades modernas como medio de su reforma y de su verdadero florecimiento moral interno y externo, las instituciones franciscanas que viven bajo la bandera de la Orden Tercera de Penitencia.

En nuestro suelo colombiano, tanto en la época colonial, como en la era republicana, la tercera franciscana no fue escuela de enseñanzas estériles; al terminar el siglo XVIII, en no pocas ciudades y pueblos de Nueva Granada, el nudoso e hispido cordón franciscano ceñía los lomos de muchos cristianos de toda clase y condición; no se reserva la gloria de la vida cristiana sólo para los plebeyos e ignorantes, que también los de linajuda cuna y de prosapias ilustres suelen ser afortunados discípulos de la escuela de las virtudes.

Mucha gente de títulos, en Santafé, se alistó bajo la bandera del terciariado franciscano, principalmente en la segunda mitad del siglo XVIII; tres virreyes de gobierno renombrado, varias mitras circundadas de gloria, virtuosos y sabios miembros del coro metropolitano de la catedral de Santafé, algunos de los precursores de nuestra independencia, como el doctor José Antonio Ricaurte, sabios inmortales como Mutis, sacerdotes nimbados de brillo de virtudes soberanas, ciudadanos como el gran Camilo Torres, y mujeres, cual la esposa del virrey Flórez, por callar nombres que son verdadera constelación de glorias y virtudes y aristocráticas grandezas, quisieron todos llevar ceñido el pobre cordón franciscano.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario tiene su página en esta obrita nuestra, pues como ya indicamos en otro lugar (1), muchos de sus hijos per-

(1) ... «Hemos encontrado alistados en la Tercera, entre 1724 y 1736, algunos muy distinguidos colegiales del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ... cuyos nombres no queremos pasar en silencio, porque cada uno de ellos es una piedrecica valiosa de aquel famoso edificio, levantado primero

tenecieron a la Orden tercera; combinaron los títulos de sus glorias legítimas: el escudo de los Guzmanes orlado con la cuerda del hijo de Pedro Bernardone; la luz y el amor; la verdad y el bien.

Entre los muchos rosaristas terciarios, figuró uno, que así como honró la hoga estudiantil, fue preclaro y gallardo prócer colombiano, fervoroso terciario primero, y después ilustre franciscano. Imposible no dedicarle un esbozo biográfico en este libro, ya que su nombre no es de los menos ilustres, entre otros títulos, por el de haber sido discípulo aventajado del sabio Mutis, ornamento del clero católico y uno de los fundadores de la ciencia en Nueva Granada.

Hablamos del Padre Fray PEDRO HERRERA RIASCOS, pariente muy cercano de otro ilustre rosarista y prócer de nuestra magna guerra, doctor don Ignacio Herrera Vergara, que escribió las *Reflexiones de un americano imparcial sobre la legislación en las colonias españolas* (1).

en el gran cerebro de un gran Arzobispo de Bogotá, de memoria imborrable; hé aquí los nombres de algunos de esos rosaristas:

El doctor don Miguel Antonio de Vargas, en 1728; don Francisco Javier de Vargas y don Ignacio Rigueiros, en 1729; don Casimiro de Bárcenas, don Pedro de Guzmán y Monasterio, don Joaquín de León y Herrera y don Andrés Tobar, en 1730; también figuró en ese mismo año el doctor don José de Herrera «Doctor en sagrados cánones y Catedrático en el Colegio de Ntra. Sra. del Rosario de esta corte» (*Archivo de la Tercera*, tom. XII); había ingresado como novicio desde 1728, en tiempo del comisariato del Padre Fray Bernardino Tobar; murió en Quito, según el libro citado; en 1729 figura el doctor don Cristóbal de Caycedo, colegial ilustre y catedrático que fue de moral en el mismo Colegio, y también su Vicerrector. (*A. cit. ibid.*)

En otro capítulo—por no interrumpir el orden cronológico—traeremos los nombres de otros rosaristas terciarios etc.—(*La Tercera de Bogotá*, part. I, capítulo 3).

(1) A. B. Cuervo, *Colección de docum. inéditos*, tom. IV, págs. 55-72.

* * *

Fray Pedro nació en Cali, el 29 de junio de 1757, del matrimonio de don José de Herrera y doña María Teresa Riascos, miembros de familias aristocráticas y linajudas (1); todavía pequeño, fue conocido por el Padre Larrea, fundador del Colegio misionero de franciscanos de Cali, quien predijo que el niño llegaría a ser honor de la familia y del hábito franciscano, según nos refiere el Obispo Cuero y Cayzedo (2).

Joven todavía, pasó de Cali a Santafé; allí obtuvo una beca en el Colegio del Rosario, «perpetuo seminario de hombres ilustres; muy pronto dio a conocer que lo había dotado el cielo de un entendimiento claro y de un espíritu vivo, penetrante y universal. A este tiempo fue cuando un sabio europeo (el doctor José Celestino Mutis), triunfando de las preocupaciones de su nación y de la política mezquina del gabinete de Madrid, consiguió que los americanos oyesen por la primera vez lecciones de matemáticas» (3).

En las aulas sobresalió nuestro distinguido becado; Mutis supo apreciar los talentos de su joven discípulo, a quien apreció con distinguidas muestras de nobilísimo y alto cariño. Aprendió y manejó con destreza y gracia la lengua ciceroniana, así como conoció y habló la cervantina con soltura y donaire, y hasta con no rebuscada elegancia y fluidez, cuando desde el púlpito anunciaba la palabra divina; su estilo oratorio no fue exhuberante, pero sí rico, correcto y limpio de hojarasca (4).

(1) G. Arboleda erradamente dice que nació Fray Pedro en 1749, *Diccionario biográf.*, pág. 58.

(2) Oración fúnebre en los funerales del Padre Herrera (Rio-negro--1832).

(3) *Ibid.* Téngase en cuenta que habla un prócer que tuvo que sufrir por su amor a la INDEPENDENCIA.

(4) Véase nuestro libro *Frailes caleños patriotas* (escrito para el centenario de la Indep.) capit. 2.

En 1778 todavía era estudiante rosarista; supo unir la piedad con la ciencia, sin que su corazón se hinchara soberbiamente al sentirse regido por una inteligencia repleta de luz. El señor Cuero nos dice cómo el futuro fraile anduvo en Santafé, sin los contagios del vicio, porque siempre el principio de su sabiduría fue el temor de Dios.

Ya en 1783 se había graduado brillantemente *in utroque*, probablemente al mismo tiempo que el doctor José Joaquín Escobar, su paisano (1), quien se recibió de abogado en la real audiencia, después se hizo fraile en Cali, defendió la causa de la independencia, estuvo cargado de cadenas en Puerto Cabello y murió en el destierro, en 1821, cuando ya regresaba a su querida patria (2).

Por falta de datos precisos no podemos determinar la fecha de los grados de este benemérito rosarista, pero creemos que oscila entre 1781 y 1782, pues ya en 1783 estaba en Cali y entraba, como luégo veremos, al convento; no fue, pues, en 1784 cuando regresó a Cali, como afirma Arboleda (3), que se contradice, porque al hablar del Padre Escobar, asegura que éste estaba en Cali en 1782 (4), y al hablar del Padre Herrera, afirma que ambos regresaron a Cali en 1784, lo cual es falso, como lo es también el decir que entraron a un mismo tiempo al convento, según demostraremos más adelante.

El joven Herrera no empañó el brillo de su acendrada religiosidad con las borlas del doctorado; antes ese cúmulo de conocimientos, colmó de luz su cerebro

(1) *Ibid.* capit. 1.

(2) Vergara y Scarpetta, *Diccion.*, G. Arboleda, ob. cit. J. Franc. Ortiz, *Reminiscencias* (2.ª edic.)—Nosotros sostenemos que murió en *Cúcuta*, aunque otros aseguran que fue en *Acapulco* (B. Palacios, v. gr.)

(3) *Diccionar. biográf.* etc., pág. 59.

(4) *Ibid.*, pág. 44.

y equilibró todas sus facultades, así como sirvió a su corazón de loriga y de vigor benéfico para aquilatarse en la virtud.

Antes de hablar de su consagración religiosa en los claustros franciscanos de Cali, y de su actuación salvadora en los días agitados de nuestra emancipación política, queremos consignar el documento en que consta su terciariado franciscano en Santafé, como quiera que ese dato tan importante es el que nos ha movido a dedicar al Padre Herrera, en esta obra, un esbozo biográfico, así como el haber sido rosarista, nos lo ha hecho colocar entre los colegiales de la *Bordadita* que dieron lustre a la Tercera santafereña.

Fue en el año de 1777, cuando el joven Herrera, con otros rosaristas, ingresó a la Tercera; su paisano don José Joaquín Escobar, ya había entrado de terciario en Cali e incorporándose en la congregación de Santafé (1).

Una de las notas características de las profesiones de los terciarios de aquellos días, era la del juramento que hacían de defender la piadosa opinión de la Inmaculada Concepción de María Madre de Dios, juramento, por cierto, muy propio de los seguidores de las instituciones franciscanas.

El joven Herrera se hizo novicio terciario con los rosaristas Ramón González, Ramón Javier de la Prada y José Antonio de la Rota, y el clérigo Francisco Javier Zamora (2); era comisario de la Tercera el Padre Fray Juan José Álvarez, que fue ministro provincial de 1787 a 1790, así como desempeñó otros cargos en la Orden (3).

(1) *Archivo antiguo de franciscanos* (Cali), Lib. de profes. de terc.

(2) *Archivo de la Tercera* (Bogotá), tom. xv, fols. 76 y 128.

(3) *Archivo franciscano* (Ubaté), libro de circulares, fols. 33-85. Véase nuestra *Serie B.* de datos y documentos para la historia de la provincia seráfica de Santafé.

Pasado el año de noviciado, hizo la profesión con sus cuatro compañeros, el 30 de noviembre de 1778, en manos del Padre Fray Manuel Antonio de Sylva.

Las partidas respectivas de noviciado y profesión, son del tenor siguiente, a la letra:

a) «*En Santafé 26 de octubre de 1777, se dio por el Rdo. Padre comisario visitador fray Joaquín Álvarez a Dn. Pedro Herrera, colegial de beca formal en el Rl. Colegio de Nuestra S^a. del Rosario, el Abito interior de este Venerable Orden Terzero de Penitencia, siendo como es Ministro el Sr. Dr. Dn. Joph. de St^a. Maria, canonigo Penitenciario de esta St^a. Iglesia Cathedral, asi lo certifico—Luis Ant^o. de Luengas y Hondovilla Secretario.*» (1).

b) «*En la ciudad de Santafe de Bogota capital del nuevo Reyno de Granada en Indias, a treinta de Noviembre de mill setecientos setenta y ocho años, estando en esta Santa Iglesia de Nuestro Padre San Franc^o. de Asís, su Venerable Orden Terzero de Penitencia, con su Rd^o. Padre comisario Fray Manuel Antonio Silva, Definidor y Predicador de Precedencia en la Orden primera, y el señor coadjutor Dr. Dn. Pedro Romero de Sarachaga, consultor del Sto. Oficio, Abogado de la Audiencia y Chanzillería Real de este Reyno, y Secretario de Camara de ella, parecieron presentes Dn. Ramon Gonzalez, Dn. Ramon Xavier de la Prada, Dn. Pedro Joph Herrera, y Dn. Joph Ant^o. de la Rotta, clérigo de menores ordenes, unos y otros DEL REAL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, y Franc^o. Xavier Zamora, vecino de esta ciudad, y todos cinco novicios de dicha orden tercera; y respecto haber pasado su año de Noviciado y a que por el difinitorio han sido admitidos a la Profesion, hizieron esta en manos del expresado Ntro. Rm^o. Padre comisario, a que fuy presente yo el Secretario de dicha orden tercera; y fue en la forma siguiente:*

Nost. Dn. Ramon Gonzalez, Dn. Ramon de la Prada, Dn. Pedro Herrera y Dn. Joseph Antonio de la Rotta, y

(1) *Archivo de la Tercera*, tom. xv, fol. 132.

Francº. Xavier Zamora, hermanos de este V. Ordn. Terzero de Penitencia: Prometemos a Dios Nuestro Señor, y a la bienaventurada siempre Virgen María, y al bienaventurado Nuestro Padre San Francº. a todos los santos de la corte celestial, de guardar todo el tiempo de Nuestra vida los Mandamientos de la Ley de Dios, de satisfacer como combenga y manera de vida (instituida por nuestro Seraphico Padre San Francº. aprobada y confirmada por el Señor Papa Nicolao quarto, y por otros Sumos Pontífizes) cometeremos quando para ello fuéremos llamados a la voluntad y juicio de los superiores.

Asimismo hazemos boto y juramos por Dios Nuestro Señor, y por la Santísima Cruz como esta † y por los Santos Evangelios, de defender la purísima concepcion de Maria Santísima, Madre de Dios, y Señora Nuestra, en el estado que hoy tiene, y en adelante tuviere la Santa Iglesia Romana. *A lo que* (sic) el Rmº. P. comisario les dijo; si vosotros estas cosas guardareis, yo os prometo la vida eterna en el nombre del Padre, del HIJO, y del Espiritu Santo. Amen; lo firmaron doy fé.

Fr. Manl. Antº. de Sylva
Comisariº. Visitador .

Pedro Romero Sarachaga
Coadjutor

Ramon Gonzalez. —Ramon Xvr. Prada—Pedro Josep de Herrera (1)—Jph. Antº. de la Rota—Francº. Xavr. Zamora.
Fuy presente, LUIS ANTº. DE LUÉNGAS HONDOVILLA » (2)

* * *

Quando el distinguido rosarista se hizo terciario, todavía no había recibido el doctorado *in utroque*, pero debió recibirlo a poco tiempo, de lo cual no hemos encontrado noticia cronológica precisa, pues el Obispo

(1) Por una equivocación aparece la firma del señor Herrera, en el acta del terciariado de Gallardo, el prócer, inmediata a la transcrita. *Archivo de la Tercera*, tom. XVI, fol. 79.

(2) *Archiv. cit.*, *ibid.*, fols. 78-79.

Fray Fernando Cuero, que es uno de los pocos biógrafos del Padre Herrera (1), no determina la fecha del doctorado; casi nos atrevemos a colocarla entre 1780 y 1781.

El ambiente religioso en que se educó desde sus primeros años nuestro distinguido biografiado obró en su ánimo algo singular que vino a ser como el golpe de gracia que le condujo decididamente a cambiar la toga por el burdo sayal minorítico, y el foro por la dulce tranquilidad del claustro franciscano de Cali.

Regresó a su ciudad natal muy probablemente a principios de 1782; se ha dicho siempre que de Santafé regresó a Cali acompañado del futuro prócer Fray José Joaquín Escobar, también recién graduado en derecho civil; entre otros, así lo afirma Arboleda (2).

Ya insinuamos atrás el error cronológico en que incurre este distinguido historiador, al afirmar que Fray Pedro regresó a Cali en 1784, como ahora demostraremos.

El Colegio misionero franciscano de Cali, fundado por autorización de real cédula, dada en Aranjuez a 11 de mayo de 1756 (3), estaba en 1780 en la época de su mayor y más glorioso florecimiento, pues el espíritu del Padre Larrea había sido heredado por los que secundaron su obra, y entonces moraban en esos claustros personalidades distinguidas por más de un título, como lo tenemos estudiado en otro trabajo. (4),

Entró en el noviciado el joven doctor Herrera, el 29 de junio de 1783, día en que cumplía veintiséis años de edad; era guardián del convento el Padre Fray

(1) *Oración fúnebre* citad.

(2) *Diccionario biográfico* etc., pág. 59.

(3) *Cedulario de la Corte Suprema* (Quito), tomo 8., fol. 119.

(4) *Apuntaciones cronológico-biográfico-críticas para la historia del convento franciscano de Cali—1754-1910*; 3 volúms., 1 part., cap. 2-7.

Claudio Salcedo, quiteño, varón de virtud probada y de gran inteligencia (1), y maestro de novicios el Padre Fray José Joaquín Herrera, a lo que entendemos, tal vez bogotano, que se afilió al colegio cuando sonó la buena fama de sus moradores; había pertenecido a la provincia seráfica de Santafé (2); en Cartago dejó grata memoria de su permanencia en el convento que allí tuvo la Orden (3). Así quiso consagrarse a Dios uno de los discípulos que más honraron al sabio Mutis; novicio franciscano desde el citado día (4), un hombre a quien su linaje prometía glorias. Bien dice el Obispo Cuero: «Cuando después de una carrera tan brillante y recibido de abogado, debía comenzar una nueva carrera de honor y de gloria...; cuando la fortuna se presenta risueña y le halaga con las más dulces esperanzas... él se resuelve a abrazar el estado religioso...; y con un desasimiento, el más heroico de su propia voluntad, *deja en la del Prelado la elección de la clase en que debía tomar el hábito, si para sacerdote o para lego*» (5).

Cumplido el noviciado, profesó el 30 de junio de 1784, en compañía de Fray Antonio Espinosa; se quiso llamar Fray Pedro de la Cruz, significativo apellido de su abolengo espiritual, que siempre supo llevar con honor y sin mancilla (6).

Por lo antedicho, queda demostrado que Fray Pedro Herrera no se hizo fraile con el doctor Escobar, en la misma fecha; el futuro prisionero de Puerto Cabe-

(1) *Apuntaciones* citad.

(2) *Para la historia de Ubaté*--Serie cronológica de los curas y doctrineros.

(3) H. Peña, *Geografía e historia de la provincia del Quindío*, pág. 52 (1892).

(4) *Archivo conventual* (Cali). Lib. de recepc., fol. 2.

(5) *Oración fúneb.* cit., págs. 19-20.

(6) *Archivo convent.* (Cali), lib: cit., fol. 52.

llo (1) recibió el hábito de novicio el día 6 de julio de 1784, cuando era maestro el Padre Fray Juan de Dios Montenegro (2), uno de los más preclaros religiosos del colegio, que se había hecho fraile en Quito (3), su patria. Profesó solemnemente el doctor Escobar, el 7 de julio de 1785 (4).

No hemos podido encontrar datos para precisar el año en que Fray Pedro recibió el presbiterado, pero podemos asegurar que fue entre 1786 y 1787, probablemente en Popayán, así como creemos que el Padre Escobar fue a Quito, aunque de lo uno y de lo otro sólo tenemos meras probabilidades (5).

* * *

No toca al plan de esta obrilla el trazar detalladamente una biografía completa del benemérito rosarista, y así sólo nos limitaremos a indicar los oficios que desempeñó en la Orden y lo que hizo su acendrado patriotismo cuando estalló la guerra de nuestra emancipación.

El Padre Herrera, cuya psicología se nos presenta con semblante de austera, era hombre de carácter integérrimo, sólidamente formado en la escuela del deber; de costumbres limpias y corazón de niño, fue religioso observante, estudioso y lleno de piedad; acaso fue más que austero en más de una ocasión, pero su humildad corría parejas con su gran talento: *ubi est humilitas, ibi est sapientia*, frase esta que podemos aplicársela, en la cual está comprendida toda una filosofía moral.

(1) J. Francisco Ortiz (*Reminiscencias de*), 2.ª edic., pág. 100 (1914). Véase nuestra obra *Frailles caleños patriotas*, cap. 1.

(2) *Archivo conv.*, lib. cit., fol. 3.

(3) *Archivo de S. Francisco* (Quito), lib. de profes., año 1759.

(4) *Archivo conventual*, lib. cit., fol. 53.

(5) *Frailles caleños etc.*, cap. 1 y 2.

En 1792 fue nombrado Maestro de Novicios por unanimidad de votos (1); en 1795 ya era Prefecto de Misiones, cargo delicadísimo en los Colegios de *Propaganda Fide* (2). En el capítulo guardianal de 1798, fue nombrado guardián para suceder al Padre Escobar (3); en este capítulo estuvo el Padre Fray J. B. Zamora, tan enemigo de la Independencia, por lo cual sufrió no poco (4); en el capítulo que presidió el Padre Polanco (5) en 1802, el Padre Herrera fue nombrado Vicario-Presidente «*con todos los votos*» (6) y segunda vez Maestro de Novicios; en el capítulo de 1808 fue reelecto y confirmado en la Guardianía (7), para la cual había sido segunda vez nombrado en 1805; en esa reelección tuvo que usar, el Presidente capitular, casi del mandato de obediencia, porque el Padre Herrera «renunció humildemente el empleo, dando gracias a la Comunidad por el honor que le dispensaban,» etc. (8). En 1814 fue nombrado Visitador y Presidente de capítulo, unánimemente, por los Padres del Discretorio del Colegio, en uso de facultad pontificia (9). Para el mismo honorífico cargo fue nombrado en 1817, cuando era guardián el Padre Cuero, después Obispo (10).

(1) *Archivo conv.* cit., libro de actas capitulares, fols. 21-27.

(2) *Frailes caleños patriotas*, cap. 2, NOTA 28.

(3) *A. conv.*, lib. cit., fol. 31.--Lib. de patentes. fols. 108-109.

(4) LA PATRIA BOBA: *Santafé cautiva*, pág. 419.

(5) El Padre Polanco fue fraile del convento máximo de Santafé; era natural de la Plata, hijo legítimo de Silvestre M. Polanco, sevillano, y de doña Agustina Talla y Arce.--*Archivo nacional* (colonia), tom. 65, fol. 727.--*Apuntaciones* citad., 2 part., cap. xxxiii, § x.

(6) *Arch. conv.* cit. Lib. de a. cap., fols. 34-37.

(7) *Ibid.*, fol. 42.

(8) *Ibid.*, fol. 43.

(9) *Archivo conv.*, *actas discretoriales*, fol. 118.

(10) *Ibid.*, fol. 119.--*Apuntaciones* cit., I, caps. III y VI.

Otros oficios desempeñó el Padre Herrera, y en todos ellos se hizo prudente y querido; oigamos a un conocedor de esa alma tan grande: «Tres veces fue electo en Prelado del Colegio de Misiones, y en todas tres dejó monumentos eternos de su celo por la disciplina regular, de juicio y de prudencia en sus órdenes y decretos, de rectitud y discreta severidad para impedir los abusos, de compasión para con los débiles y enfermos, y de amor y caridad para con todos sus súbditos. Acaso alguna vez se le notó más severo e inflexible de lo que parecía convenir;... lo cierto es, que este gran hombre fue, cuando no el restaurador, a lo menos el más firme apoyo que ha tenido el Colegio de Misiones, en la disciplina y observancia regular.» (1).

El Padre Herrera fue quien proyectó la magnífica obra del soberbio templo franciscano de Cali; él levantó los planos, pues es de saberse que era un profundo matemático e ingeniero, como fue erudito escriturista, conocedor de Hipócrates y de Galeno, versadísimo en la literatura latina y helénica y teólogo de primera fuerza.

La obra del templo, aunque comenzó en 1800, ya se había proyectado nueve años antes, y el Rey había otorgado una cédula a 21 de febrero de 1791 (2). Fue grande ayudador del Padre Herrera en esta empresa, el Padre Fray José Ignacio Ortiz, varón eximio y eminente patriota caleño (3). El templo quedó terminado en 1827; al siguiente año lo consagró solemnemente el señor Jiménez Padilla—que fue ilustre terciario—(4), Obispo de Popayán (5). Tuvo el Padre Herrera la sa-

(1) Orac. fúneb., págs. 21-22.

(2) *Archiv. conv.*, *Act. discret.*, fol. 106.

(3) *Frailes caleños etc.*, cap. 3.º Véase *La Caridad*, año I, N.º 38, pág. 605, y *Reminiscencias* de J. F. Ortiz, cit., págs. 217-219.

(4) *Archivo de la Tercera*, tom. XIII, fol. 23.

(5) B. Palacios, *Apuntaciones histórico-geográficas* de la provincia de Cali (1896), pág. 50.

tisfacción de ver coronada su obra, verdadero monumento arquitectónico, levantado para la Religión en los precisos momentos en que nuestros próceres levantaban el capitolio de nuestra libertad política.

Agregó otro título más a su talento y patriotismo, el Padre Herrera, con esa labor; pero no se detenía su espíritu; cuando andaba en las fatigas de la obra que ha inmortalizado su nombre, andaba preocupado por la suerte futura de la Patria.

Así como el ambiente religioso y el haberse hecho terciario en Santafé, obraron en el Padre Herrera la marcada vocación religiosa que lo llevó de la capital del virreinato a esconderse en el claustro; así también el ambiente político que flotaba en el Colegio del Rosario, engendró en su noble e hidalgo pecho, ese ardoroso y decidido patriotismo que fue tan eficaz en el centro del Cauca, cuando iba claudicando la Patria en los efímeros pero lúgubres días de la Reconquista.

El denuncia que se dio en 1794, a las autoridades, de haber ciertas reuniones en que se hablaba de libertad política, y de que en el mismo Colegio del Rosario, había—*privatim*—ciertas conferencias (1) no fue el primer revelador de las ideas que fermentaban en la tranquila Santafé de antaño; para nuestro modesto modo de eslabonar las causas genéticas de los acontecimientos políticos, la fuerza inicial de nuestra inmortal Epopeya nació y se indujo en la actuación trascendental regeneradora sobre instrucción pública que dirigió Caballero y Góngora (2); el grito de los Comuneros fue también un asomo violento de la fermentación que bu-

(1) Facundo Mutis Durán, *Don Sinforoso Mutis*, pág. 12 (Panamá-1912).

(2) Véase *Relaciones de mando* (vol. VIII--Bibliot. nac. de hist.) pág. 249.

llía hirviendo en muchos cerebros. Debemos reconocer también, como impulsores de esa dichosa catástrofe que estrechó las fronteras geográficas de una gran nación, el estado etológico de los pueblos, desde el segundo tercio del siglo XVIII, en Nueva Granada; al menos nosotros así nos atrevemos a sostenerlo, basados en razones que hemos expuesto en otro lugar (1).

Además, hemos de admitir en los educados en los históricos colegios santafereños, que en la formación de sus respectivos caracteres tendría marcada y decisiva influencia el régimen orgánico-interno que en ellos imponían las constituciones correspondientes. Se ha dicho por un malogrado rosarista que si la noción de república se perdiera, se podría buscarla en las Constituciones que a su Colegio dio el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres; eso es mucha verdad.

Fray Pedro Herrera comprendió el gran pensamiento del sabio Mutis, y se asimiló al yugo del régimen rosarista; el conocimiento y las luces que adquirió en los claustros venerandos *cuna y capilla de nuestra revolución* (2), alimentaron en él ese divino fuego del amor a la Patria, que debe ser el amor más grande de todo ciudadano.

Cuando resonó el grito del 20 de julio, el Padre Herrera era guardián del Colegio misionero de Cali; aparentemente se reconocía la autoridad del Rey, pero es innegable que la independencia era el deseo de los que estamparon sus nombres al pie de la inmortal ACTA el 20 y el 21 de julio de 1810; aquellos eran hombres probos y católicos, pero inteligentes y perspicaces (3).

(1) *Viajes misioneros del P. Fr. Fernando de Jesús Larrea en Nueva Granada*, § II. etc.

(2) F. M. Durán. *Don Sinforoso Mutis*, cit., pág. 46.

(3) Véase. *El Acta de la Independencia y la Tereera*, en esta obra.

Hubo pusilánimes que se asustaron, y muchos creyeron que la independenciam era un ataque a la divinidad, porque creían que la sumisión al trono era y debía ser eterna, porque la creían de derecho divino; por lo menos la juzgaron—la independenciam—como una monstruosidad incalificable; ahí está, si no, la historia del realista don Mariano Torrente; ahí está el autor de *Santafé cautiva*, etc.

El Padre Herrera tenía comunicaciones con su ilustre paisano y pariente, Dr. Ignacio Herrera, y ayudaba, con el Padre Escobar, a levantar los ánimos en Cali; sus frailes se dividieron, como sucedió en otros conventos; el Padre Herrera los animaba con verbo fogoso; de entonces datan aquellas palabras memorables que brotaron de sus labios y que son el retrato acabado de su gran alma republicana: «*His fieri incipientibus, levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra*»; así supo aplicar las palabras del Evangelio, para calmar los ánimos de los que calificaron los acontecimientos de Quito como una rebelión. «Bastó, dice el Obispo Cuero, esta palabra para que cesara el escándalo y calmasen los escrúpulos. La opinión de este sabio inspiró confianza y seguridad. En las asambleas populares que fue necesario convocar entonces con frecuencia, su voto era decisivo; y no hay quien ignore cuánto contribuyó para que reunidos los pueblos del Valle del Cauca, destronasen al sátrapa que oprimía la capital de la provincia (1).

El Padre Herrera fue Vicepresidente de las asambleas republicanas y patrióticas que, como dice Arbo-

(1) *Oración fúneb.*, pág. 25; Eustaquio Palacios, *Solicitud al Congreso de Colombia, relativa a los religiosos franciscanos de Cali*, pág. 4 (Cali--Imprenta de E. P.--1870). El autor refiere las palabras del Padre Herrera, como dichas por los acontecimientos de 1810, pero creemos que las dijo el Padre con ocasión de los sucesos de Quito.

leda, prepararon el triunfo de Palacé, en las cuales fueron alma y vida esos dos insignes próceres Fray José Joaquín Escobar y don Joaquín Caycedo y Cuero, benemérito rosarista.

Ante la casi cierta desgracia de nuestra causa, en 1816, cuando corrió sangre de próceres, y de mártires, y de héroes a borbollones, cundió el desaliento en muchos ánimos apocados, y casi se perdió toda esperanza de redención, pues el terror ultimó cabezas y diezmó vidas. El Padre Herrera entonces habló y dijo a muchos de los ejecutores de la voluntad cruel de los sanguinarios pacificadores, aquellas memorables frases que debieran grabarse en monumentos de mármol y granito: *Está decretada en el cielo la libertad de América, y este es el tiempo de verificarse; y cuando no tengamos hombres, vendrán ángeles a ejecutar este decreto* (1).

El Padre Herrera fue el primero en insinuar al alférez real, don Manuel de Caycedo, la apertura de un camino hacia el Pacífico; y aunque entonces no se pudo llevar a cabo tan redentora idea, después, cuando el inhumano Warleta, gemelo de Sámano en crueldad, destinó prisioneros para abrir el camino por Archicayá, con lo cual engañó y alucinó a los caucanos, que pudieron suponer rectas intenciones en ese monstruo, entonces el Padre Herrera «a pesar de lo quebrantado de su salud, se ofreció gustoso a servir de capellán a los empresarios... Conocía las ventajas que reportaría, no sólo la provincia, sino también toda la República, de este nuevo canal de riqueza y de prosperidad, y sentía mucho no se le diese todo el impulso que demandaba su utilidad e importancia;» como Rector del Colegio de Santa Librada ofreció con generosidad «una parte considerable de los fondos del Colegio a favor de la empresa» (2). La historia patria recuerda lo que

(1) *Orac. fúneb.*, pág. 25.

(2) *Orac. fún.*, pág. 26; Arboleda, *Diccionario*, cit., 59.

hizo Warleta entonces; *invención*, como dice Groot, para acabar con los patriotas, fue la empresa de los caminos (1).

* * *

Al establecerse el Colegio de Santa Librada en Cali, en 1823, el Padre Herrera fue el primer catedrático de latinidad, puesto que desempeñó gratuitamente. Sobre la actuación intelectual, económica y moral de los franciscanos en dicho colegio, hay documentos que los honran, y que son la mejor apología contra los que los atacan a diario *gratis et amore*, porque su ojeriza no se funda en la verdad (2).

El Padre Herrera después de haber regentado la cátedra de la lengua de Cicerón, sucedió en el rectorado del Colegio de Santa Librada, en 1824, al doctor don Mariano del Campo y Larrabouido, que fue colaborador de Caldas en el *Semanario* (3) y que renunció el rectorado, como consta de una comunicación del Cabildo al guardián del convento (4). Al posesionarse del rectorado, le reemplazó en la cátedra de latinidad el Padre Fray Juan Antonio Pino, que también fue capellán de los ejércitos patriotas (5).

Continuó el Padre Herrera en el rectorado del Colegio; él ensanchó el edificio, le creó rentas y se las organizó, lo dotó de una preciosa biblioteca, puso el internado con una disciplina admirable de la que él aprendió en los claustros históricos y venerandos del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y estableció nuevas cátedras, pidiendo a Europa las máquinas e instrumentos necesarios para dar a la cátedra de ciencias

(1) *Historia ecles. y civil*, etc., tom. II, págs. 452-454.

(2) *Archivo conventual cit., actas discretoriales*, fols. 125-130.

(3) Véase Arboleda, *Diccionario*, etc., pág. 26.

(4) *Archivo del C., Act. discretoriales*, fol. 126.

(5) Arch. cit., *ibid*, fol. 127.

naturales un gabinete adecuado, amén de la solicitud y vigilancia que desplegó para formar una juventud digna de la Patria. A pesar de lo achacoso de su salud y de una petición de relevo en el cargo de Rector que hizo ante el intendente del departamento el Padre guardián del Colegio de misiones, Fray Fernando de Jesús Cuero, en asocio del Discretorio, a mediados de 1826 (1), el Padre Herrera continuó con gran fuerza y entusiasmo desempeñando su importante cargo, hasta que tres años después bajó a la tumba.

Su labor fue intensa y benéfica; era amigo de los métodos preventivos, y así logró consolidar la parte moral y política del histórico colegio (2).

* * *

El Padre Herrera mereció la confianza del gobierno eclesiástico; el Obispo Jiménez Padilla hizo de él grande aprecio y lo distinguió con particulares señales de respeto. En Cali y en el Cauca el Padre Herrera ocupó una posición ventajosa por el amor con que era venerado de todos; el gobierno civil tuvo que entender con él en muchos asuntos importantes. Cuando la supresión de los conventos de Santo Domingo y San Agustín, el Padre Herrera fue comisionado por el Gobierno nacional para rendir cuenta del estado de dichos edificios (3).

Caleño de distinguido linaje, supo honrar su suelo, así como su prestigiosa personalidad nunca defraudó las esperanzas de los que buscaron sus luces y su influencia; religioso de severas costumbres y fiel cumplimiento de sus reglas, nunca se apartó de la caridad;

(1) Arch. cit., *ibid.*, fol. 130.

(2) Orac. fúneb., págs. 28-30.--*Frailes caleños*, cap. 2--(Not. 68-72).

(3) *Archivo nacional* (secc. República), tom. 1, folio 00634.

benévolo, culto, obsecuente y de un porte de encantadora modestia cristiana, reguló sus acciones sin hipotesia, levantó los ánimos, pero nunca escandalizó corazonas. Amó la verdad y por eso amó con intenso cariño la bandera de su patria; nunca traicionó sus creencias, defendió sus principios, supo *atacar* y *tolerar* a un mismo tiempo al adversario, Sacerdote virtuoso, no manchó la estola de su inocencia ni profanó la dignidad de su corona. Era humilde porque era sabio; peinó canas, pero en su corazón siempre vivió en primavera la inocencia. Su nombre no se ha borrado, y merece un monumento su memoria, al lado de los que pelearon por la Patria y por la Religión.

Cali se conmovió profundamente a la muerte del preclaro e ilustre hijo, ocurrida en el Colegio de Misiones de la misma ciudad, el día 23 de octubre de 1829, a la una y media de la tarde, cuando ya contaba algo más de setenta y dos años de edad y cuarenta y seis de hábito. Fue sepultado en la bóveda contigua a la primera iglesia franciscana de Cali, en la sacristia, donde descansaban los restos del Reverendo Padre Larrea, fundador del convento, y hasta hoy se conservan en ese lugar (1).

Es innegable que el Padre Herrera es una de las glorias más legítimas del célebre Colegio del Rosario, en cuyas aulas nutrió él su cerebro con el pan de la ciencia, tuvo el honor de ser uno de los discípulos más aventajados y más distinguidos del sabio Mutis y aprendió a ser verdadero ciudadano íntegro y sin tacha, caballero hidalgo y digno, y ejemplar sacerdote.

Nuestra historia todavía es incompleta, por no decir que ha sido injusta, pues en ella faltan muchos personajes ilustres, verdaderos hijos epónimos de la Patria que deben presentarse a las generaciones que se

(1) *Frtales caleños etc.*, cap. II.

forman y educan, porque sus vidas son libros abiertos, donde leerán y aprenderán intuitivamente las provechosas lecciones del deber, de la religión, del patriotismo y del verdadero modo de entender el progreso y la civilización, por los cuales no se trabaja con ditirambos, ni con pasquines que oprobian la prensa, ni muchísimo menos con odios ambiciosos que vuelven menudos jirones la bandera nacional y dilaceran la dignidad de la Religión.

Junio de 1916.

P. ALFONSO ZAWADZKY, O. M.
Correspondiente de la Academia de Historia

DOCTOR LUIS JOSE BARROS

Cuando el día 4 del pasado mes, en medio de intensísimo dolor, depositamos en el seno de la madre tierra, los restos mortales de nuestro noble amigo el doctor Luis José Barros, no pudimos menos de pensar que allí quedaba, solo, inerte y frío, un hombre que en su corta vida había sido todo ardor, todo actividad y que con él había desaparecido un hombre de corazón.

Se educó en el Colegio del Rosario, donde fue siempre de los primeros en la estimación de sus maestros y el cariño de sus condiscípulos.

Amante de su patria, veló siempre por los fueros de la justicia y propendió a su progreso con obras duraderas, como las realizadas cuando fue Gobernador del Magdalena; amante de su madre, fue solícito y cariñoso hasta la nimiedad, si en eso puede haber exageración; amante de su esposa y de sus hijos, eran